

El sendero donde los espacios se multiplican

RAFAEL OJEDA¹

Entender la ciudad contemporánea como un centro de entidades múltiples, concebidas en términos de diversidad étnica, económica y cultural, nos lleva también a verlas como un foco de contradicciones, turbulencias y ritmos sociales desbocados. Pero la ciudad no solo se presenta como una realidad socio-política, sino también como una realidad física, psicológica, estética, además de una realidad simbólico-discursiva fluctuante, con muchos puntos de concentración y de fuga en sus diversas representaciones.

No obstante, vivimos un periodo en el que se ha perdido la costumbre de pensar históricamente, un tiempo en el que las miradas historicistas han caído en el descrédito debido al hábito universalista de imponer un centro protagonista ante múltiples periferias excluidas de las disquisiciones teóricas en los estudios diacrónicos, además de la presunción de que existe una continuidad lineal en este proceso de discontinuidades e inestabilidades fragmentadas. Pese a ello, insistiremos, solo como cuestión metodológica en un enfoque historicista, en la idea de un principio y un fin, que ilustra mejor los diferentes procesos urbanos, aunque se corra el riesgo de marginar otras posibles representaciones de la ciudad.

En la historia, las ciudades han evolucionado a la par de la evolución de las culturas. Los centros urbanos, como expresión del ambiente espiritual, material, social y político del que surgieron, han ido siendo influenciados y modificados por los cambios en los modos de producción, en los medios de comunicación y medios de transporte, con los nuevos logros tecnológicos, en los diferentes estadios histórico-sociales.

Estos cambios han ido planteando las primeras dificultades al funcionamiento urbano, exigiendo una reconfiguración o adaptabilidad de estos espacios a los nuevos contextos o periodos de desarrollo.

La Biblia nos habla de Enoc, la primera ciudad de la historia, fundada por Caín. Pero —aunque esto solo nos refiera a un antecedente mítico— es probable que dicho relato se refiera más a un asentamiento humano que a una ciudad en sentido estricto, pues los centros urbanos no son solo espacios geográficos de aglutinamiento de gente que se dedica a labores diferentes de las del campo — agricultura por ejemplo—, sino un espacio de actividades administrativas, comerciales, artesanales, el sacerdocio, entre otras cosas, y cuya complejidad se debe a las formas de organización política, económica y social.

LA CIUDAD EN LA HISTORIA

En las antiguas urbes, la cercanía a los campos de cultivo hizo que sus habitantes no se preocuparan mucho por los jardines; lo cual explica también el que estas —a diferencia de las ciudades modernas— no estuvieran habitadas solo por comerciantes y artesanos, sino también por agricultores. No obstante, la historia menciona los maravillosos jardines y murallas de Babilonia. Las murallas en la ciudad surgieron después para defenderse de la hostilidad de pueblos vecinos. Ilión, sede de antiguas epopeyas, también llamada Troya, es otro ejemplo mítico de ciudad amurallada.

Las primeras ciudades-Estado, llamadas así debido a la ausencia de una distinción nítida entre las estructuras de gobierno y los fines de la comunidad local y política que conviven sin diferenciarse, alcanzaron su apogeo en Grecia, con Esparta y Atenas. Y el tipo de organización, antecedente más cercano a la idea de municipio moderno, fue la denominada *demos*, especie de ayuntamiento dirigido por un *demarca* y una asamblea formada por todos los ciudadanos, en la que también pueden encontrarse los primeros esbozos de la democracia moderna.

Nombres memorables de la antigua Grecia fueron Ictinos y Calicrates, arquitectos del Partenón, además de Hipodamo, considerado el padre del urbanismo, cuyos principios de planificación más completos se pudieron reconocer en la localidad de Prieno. Pero la importancia alcanzada por la ciudad en este periodo clásico se concreta en Atenas, eje cultural y político del mundo antiguo, donde el centro de la vida urbana fue el ágora, espacio alrededor del cual se agruparon los edificios comerciales y

públicos.

En Roma, este centro pasará a ser dominio del foro, y en torno a este se realizó el trazado urbano cuadrículado, conformando manzanas rectangulares en forma de damero. Pero las ciudades griegas y romanas, ambas sustentadas en el trabajo esclavista, se diferenciaban esencialmente en que las polis griegas eran pequeñas ciudades-Estado, políticamente independientes, mientras las ciudades romanas eran parte de un vasto imperio, en el que los múltiples poderes locales dependían de un poder central.

Pese a no corresponder a un modelo único, las ciudades medievales se van diferenciando, dejando de ser ciudades abiertas, como tocaba al entorno rural y agrícola de las urbes antiguas, para pasar a ser ciudades cerradas, fortificadas para protegerse de la incursión de los enemigos y de los grupos no privilegiados. Catalogadas de oscurantistas y antidemocráticas por fomentar las desigualdades, con una estructura feudal, o en su defecto, burguesa, caracterizada por el refinamiento aristocrático y segregacionista que irá diferenciando a los habitantes de dichas urbes de los integrantes de otros sectores sociales, con una configuración política que, debido a su capacidad de autogobierno, cuando no señorial, vía la elección de sus cargos concejiles, tenderá a una organización municipal característica sobre todo de la alta Edad Media, que verá surgir un nuevo estilo constructivo: el gótico. Ciudades instauradas como un centro de actividades comerciales y artesanales de alta densidad, cuya planificación urbana, supeditada a la estrechez de los recintos amurallados, la mayor de las veces carentes de trazados geométricos y ajenos a toda planificación urbana, la conforman calles irregulares, manzanas trapezoidales, donde, en algunos casos, las estructuras arquitectónicas de los ayuntamientos, iglesias o mercados eran el elemento base alrededor del cual se trazaron las redes viarias y se ubicaron los conjuntos residenciales.

La ciudad renacentista, por su parte, representaba un modelo latino ideal de planificación que privilegiaba los espacios públicos y las estructuras cívicas y monumentales. Pero sus calles amplias estaban dispuestas con base en una secuencia de círculos concéntricos sucesivos en torno a un punto central, con múltiples avenidas flanqueadas o rodeadas por edificios y conjuntos residenciales, que se extienden como los radios de una rueda hacia las afueras de la ciudad.

MODERNIDAD Y POSMODERNISMO

Pese a las críticas posmodernas que desde la filosofía tratan de incidir en cambios sociales y epistemológicos, y que como posmodernismo arquitectónico pretenden un replotamiento iconográfico, la modernidad continua cubriendo un periodo tan extenso que parece interminable. Además, el término «moderno» en arquitectura² comprende un espectro tan amplio que tiende a abarcar múltiples edificaciones que abundan en calles y avenidas de los centros urbanos más importantes del planeta, con construcciones inscritas dentro de corrientes arquitectónicas como el *Art Nouveau*, *art déco*, arte buque, brutalismo, entre otras.

En algunas ciudades, la ausencia de renovación en el espacio urbano se explica por el apego a la tradición, el respeto a los espacios históricos, la falta de recursos económicos para invertir en construcciones que reemplacen a las estructuras anacrónicas existentes y, sobre todo, en el hecho de que estas ciudades representan inversiones enormes e ideas preciadas que nos cuesta muchísimo abandonar.

Tal vez por ello, hablar de modernización pueda darnos algunas respuestas sobre esta heterogeneidad. Más aún si actualmente, en muchas ciudades del mundo, coexisten sectores tradicionales, modernos y modernizados que nos llevan a entender por qué la ciudad actual se ha constituido en una confluencia de estructuras urbanas, agrupaciones arquitectónicas y monumentales pertenecientes a diferentes estadios históricos de evolución metropolitana.

El posmodernismo arquitectónico nos refiere al extremismo de esa síntesis de estilos historicistas — griegos, egipcios o romanos— y exóticos —japoneses, árabes o africanos— presentes en construcciones eclécticas que contrastan con la monotonía planificada de las megaestructuras modernas. Pero las edificaciones «posmodernas» también tienen mucho de escenográfico, como los casinos y hoteles de Las Vegas.

Robert Venturi y Charles Jencks, principales teóricos del movimiento, respondían así al esquematismo en el que había caído la arquitectura funcional contemporánea, que en su etapa «moderna tardía», ante la ausencia de vanguardias artísticas formalmente renovadoras, solo atinaba a presentar una «estética» de la destreza tecnológica. La tarea era la de repotenciar simbólicamente el

arte y sacarlo de aquella parálisis expresiva en la que estaba sumida la arquitectura moderna, mediante una abundancia iconográfica, una codificación múltiple e historicista y un eclecticismo radical.

En este sentido, hablar de posmodernidad refiriéndonos a los múltiples procesos culturales ha resultado preciso y hasta necesario en muchos casos. Pero el uso del prefijo 'post' ha abierto nuevas discusiones en torno a su mal gusto y a situaciones sociales tan cambiantes, que ha impuesto una pregunta: ¿Qué término deberemos utilizar después? Entre tanto, en algunas esferas del arte, de la que la arquitectura aún forma parte —pese a la eclosión funcionalista y la tendencia al uso de bloques que conforman los modernos complejos habitacionales—, se habla de post-posmodernismo refiriéndose a construcciones arquitectónicas vaciadas absolutamente de su cualidad funcional.

UTOPIÁS URBANAS

El advenimiento de la revolución industrial significó un cambio en el modelo civilizatorio y en las formas de percibir la sociedad, ocasionando también la disociación entre el arte y la técnica. La «civilización maquinista» fue vista por muchos como un peligro que atacaba la expresividad retórica de la arquitectura, planteada desde entonces a partir de una simpleza funcional reñida con el esteticismo y la poética de las obras de arte del pasado. Este sector crítico atacaba la debilidad retórica de las nuevas construcciones, su frialdad geométrica y simpleza estética, ahora carente de aquella sublime belleza y toda esa parafernalia semiótica que habían sido, hasta entonces, los preceptos constructivos del arte arquitectónico.

Respondiendo a esas duras críticas, el arquitecto y urbanista suizo Le Corbusier escribirá: «Todo está disponible». «Las técnicas han ensanchado el campo de la poesía; de ningún modo han reducido los horizontes matando los espacios y recluyendo a los poetas en calabozos». Pero fueron también muchos los obnubilados con las posibilidades técnicas que ofrecían las máquinas y los nuevos elementos constructivos, hasta el punto de creer que gracias a esa eclosión tecnológica todo podría ser realizable.

La idea de una omnipotencia tecnológica, que se podía intuir en los alcances de la maquinaria moderna y de la revolución matériaca del hierro y el concreto armado, resucitaron el viejo mito del constructor-Dios. El mito babélico como utopía de arquitectos y urbanistas en su afán por alcanzar el cielo: «hagamos ladrillo y cozámoslo con fuego. Y les sirvió el ladrillo en vez de piedra, y el asfalto en lugar de mezcla [...] Y dijeron: Vamos, edifiquemos una ciudad y una torre, cuya cúspide llegue al cielo; y hagámonos un nombre por si fuéremos esparcidos sobre la faz de toda la tierra» (Génesis). Todo ello resumía el anhelo de erigir un edificio que rompiera con el determinismo impuesto desde la «creación», donde la tecnología funcionara como esa extensión humana negada al hombre y que abriera un largo camino de nuevas posibilidades.

La destrucción de Europa tras las dos guerras mundiales había hecho que muchos arquitectos y urbanistas vieran en ello la oportunidad de plasmar sus modernos sueños constructivos sobre los derruidos espacios urbanos del viejo continente. La idea de reedificar Europa a partir de los presupuestos teóricos urbanos contemporáneos tropezaba con las invectivas, los reproches y rechazos contra todos los que se habían dejado seducir por el arte moderno.³ Estas ideas difundidas en toda Europa colaboraban y coincidían con esa nostalgia persistente y conservadora, además del apego emocional a aquellas ciudades, espacios y monumentos que representaban inversiones y conceptos carísimos que costaba mucho abandonar.

A esos años perteneció también *La carta de Atenas*, texto en el que Le Corbusier esboza sus sueños de «ciudad ideal» y que en la primera edición de 1942, debido al rechazo, su carácter marginal y las imprecaciones que por sus renovadoras ideas pesaban sobre él, tuvo que ser firmada por Jean Giraudox para poder ser publicada y leída sin prejuicios. En la introducción a la edición de 1957, Le Corbusier escribirá con un poco de desencanto sobre el estado del mundo que no se les había dejado planificar: «Una mutación inmensa y total se apodera del mundo: la civilización de las máquinas se afianza en el desorden, en la improvisación, en los escombros. ¡Y todo esto dura ya un siglo! Pero también hace un siglo que la savia nueva prosigue su marcha ascendente».

Pero ese entusiasmo inicial por la técnica, a pesar de las resistencias, se fue exacerbando hasta hacerse «tecnolatría». Los ideólogos de la urbanocracia enarbolaron el diseño como el fin último para alcanzar la sociedad futura. La tarea era rediseñar el mundo y la vida. Y esa obsesión cuasi totalitaria fue diluyendo incluso las fronteras morales y bioéticas, y algunas predicciones afirmaban que con el advenimiento de la sociedad posindustrial se habrían alcanzado muchos de esos objetivos.

La utopía de los urbanócratas era la urbanización generalizada del planeta. Pero esa aspiración de suministrar fines últimos e ideas de edificaciones, espacios y formas de vida ideales a partir de la planificación y el diseño urbano generalizado, pensados desde leyes y relaciones económico-sociales perfectas, planteaba el riesgo de caer fácilmente en el peligro de soslayar los verdaderos problemas en lugar de resolverlos. Haciendo de estas visiones idílicas y utópicas instrumentos ideológicos en vez de instrumentos de trabajo, que, frente a un presente real e insatisfactorio, tienden a convertirse en puentes de evasión hacia un futuro ideal y perfecto.

La consigna de que para cambiar el mundo había que cambiar el ambiente físico, provocó entonces que se proyectaran ciudades futuras que serían la solución a todos los problemas urbanos liberando grandes superficies. La ciudad-jardín de Ebenezer Howard, que planteaba armonizar el campo con la ciudad a partir de múltiples asentamientos rurales-urbanos de baja densidad, se presentaba como una alternativa a la hiperpoblación; la ciudad vertical ideada en la década de 1950 por el estadounidense Frank Lloyd Wright, que en sus 1.600 metros de altura albergaría a 130 mil personas —edificio babélico que de existir hubiese cuadruplicado en altura al desaparecido World Trade Center—; el Domo geodésico de Buckminster Fuller, cuya estructura a cielo cubierto permitiría el control de las condiciones climáticas, fueron proyectos abortados.

Proyectos extravagantes fueron las ciudades flotantes y submarinas, como las de Tingerman, Tange y Chalk; las ciudades espaciales de Yona Friedman, planificadas para ser edificadas por encima de complejos urbanos existentes como París; las ciudades andantes del grupo Archigram,⁴ compuestas de gigantescas cápsulas habitables cuyos pies telescópicos le permitirían desplazarse; y las ciudades orgánicas, cuyas «bioestructuras» urbanas crecen y evolucionan de forma similar a los procesos biológicos de organismos animales y vegetales, como el proyecto *Organics* de Katavolos o *Hidrópolis* de Doernach, entre otros.

En los últimos años, debido a la influencia que ha tenido la geometría fractal en las indagaciones de vanguardia y al uso de tecnología de punta, se ha impuesto la idea de edificaciones o complejos constructivos basados en la repetición de pequeños elementos simples que, estructurados como un sistema de células enchufables, desencadenan una nueva proyección para la ciudad futura.

MATERIALIZACIONES DEL TIEMPO DISLOCADO

La construcción de ciudades nuevas y planificadas en su totalidad, en esa simbiosis o identificación arquitectura-urbanismo impuesta por el modernismo, se concretará a mediados del siglo XX en diversas partes del mundo. Las ciudades futuras como representación de un tiempo dislocado plasmado en una sensibilidad iconográfica casi extra planetaria, que pasó a formar parte de una imagen arquetípica interiorizada y siempre imitable sobre el porvenir, con una estética futurista derivada de imagerías propias de la ufología.

En el Brasil, siguiendo los lineamientos iniciales de Le Corbusier, los brasileños Lucio Costa y Oscar Niemeyer edificaron Brasilia,⁵ obra que marcó una genial generación de urbanistas y arquitectos para este país. También perteneció a esta generación el paisajista Roberto Burle Marx, realizador de los jardines de la nueva capital. Pero esa estética futurista y su distribución en espacios amplios concretados en la ciudad, y que lindaran con lo esotérico, provocaron que sus críticos y detractores la calificaran de artificial y fría, de no estar hecha a escala humana, al privilegiar a los vehículos. Al poco tiempo, esta ciudad, símbolo de la cohesión política y administrativa brasileña, atrajo nuevos sueños y fue rodeada por la desesperación y miseria de otra población.

En la India se llevó a cabo otro proyecto de Le Corbusier; a esta ciudad se le llamó Chandigarh. Experiencias similares continuaron en Canberra, Islamabad y Putrajaya. Las nuevas ciudades se parecían mucho a las surgidas hace tres mil años, con la misma dosis de sacralidad en el diseño de sus espacios abiertos, aunque de dimensiones mayores.

Tal vez tenga mucho sentido acusar a estas nuevas ciudades de frialdad, pero es de suponer que con el avance de la sociedad y el progreso urbanístico esta explosión demográfica, esta sobrepoblación tendiente a la turgurización e inundada de carencias será solucionada. Y las ciudades marcharán hacia esa dispersión soñada, hacia esa abundancia de espacios liberados, abiertos y verdes. Y allí entenderemos que el mundo realmente ha cambiado. Entonces y solo entonces entenderemos por qué una ciudad futura puede transmitirnos esa misma desolación metafísica o placidez mística que proyectan algunos óleos de Giorgio De Chirico.

DISPERSIÓN Y CREPÚSCULO DE LAS VILLAS

Hasta ahora la ciudad ha venido siendo un gran centro territorial de concentración de individuos, un foco de desarrollo cuya función básica —en cercanía— es facilitar la mayor cantidad de comunicación posible, el mayor flujo de información, intercambio comercial, aprovechamiento efectivo de los recursos locales, circulación y desplazamientos a un costo mínimo en tiempo y dinero. Pero con la globalización y los avances tecnológicos, que han reducido las distancias brindando nuevas posibilidades de asociación y disociación social, las nociones clásicas que definían a las grandes ciudades están cambiando progresivamente y la esencia que las produjo está siendo violentada.

Las nuevas tecnologías de la comunicación e información están transformando los modos tradicionales de vida urbana, haciendo que las personas no necesiten desplazarse a un lugar específico para obtener lo que deseen y accedan a ello por Internet⁶ desde el lugar en el que se encuentren, en un proceso de desterritorialización virtual y real que nos está liberando incluso del sedentarismo.

Pero en este nuevo ambiente interconectado por redes electrónicas, donde los medios de transporte son cada vez más rápidos y los tránsitos comunicacionales y comerciales no representan un problema, las distancias ya no son críticas. Entonces, los ciudadanos ya no precisan ubicarse en torno a un centro para sobrevivir, haciéndose esta concentración geográfica innecesaria. Y al no ser imperiosa esta conjunción humana, la ciudad pierde interés, tendiendo a segmentarse, sin un centro aglutinante y con muchas líneas de fuga que irán arrastrándola hacia la dispersión y desaparición por baja densidad demográfica. Este proceso de desterritorialización ha hecho que las nociones de distancia y tiempo signifiquen poco ante el aceleramiento comunicacional que vía Internet nos ha arrastrado hacia un inmediatez deslocalizado en el terreno virtual. Es decir, un contexto en el que vivir en cualquier lugar ya no significa nada si se está conectado al computador.

Sin embargo, contradictoriamente, esta presentida tendencia post-urbana no se está desarrollando de manera uniforme en todas las regiones del mundo, contrastándose con las diversas realidades económicas y sociales del planeta.

Los primeros indicios de descentralización urbana nos muestran que el desplazamiento o huida de las ciudades «colapsadas» —si entendemos la ciudad, además de lo antes dicho, como un proyecto de desarrollo colectivo— es un privilegio que solo pueden permitirse los grupos sociales acaudalados. Mudándose estos desde las urbes en estado crítico hacia zonas suburbanas, ciudades cerradas o balnearios exclusivos, lejanos del caos, la hiperpoblación, el hedor a crisis nacional y demás problemas propios de las urbes contemporáneas. Síntomas que verifican el hecho de que siempre las mejores condiciones de vida las tendrán las élites que detentan el poder económico y político. Entre tanto, es bastante probable que el resto de pobladores continúen recluidos en sus ciudades colapsadas, urbes en crisis o ciudades dormitorio, ante la distancia de los nuevos complejos industriales y el transporte urbano deficiente que debido a la pobreza en nuestros países no han podido ser resueltos. Mientras, la crisis y la sobrepoblación irán comprimiendo los espacios ciudadanos habitables hasta hacer que, en el mejor de los casos, estos se plasmen en edificios ultramodernos cuya estrechez será un eufemismo futuro del hacinamiento social.

Por ello, es probable que los países desarrollados puedan alcanzar aquella dispersión idílica que vendría a ser la antítesis de lo que hasta ahora hemos entendido como ciudad, utopía post-urbana en la que todos los problemas metropolitanos quedarían resueltos. Pero los países del tercer mundo no parecen estar sumidos en esa lógica, pues sus complejos urbanos continúan siendo una amalgama de infraestructuras nuevas y viejas, fastuosas y miserables, planificadas e informales, donde las periferias continúan creciendo caóticamente, con ciudades distantes que se extienden hasta unificarse y poblaciones que aumentan rápidamente como producto de la cada vez mayor migración campo-ciudad. Entonces, los sueños colectivos de lugar, de ciudad y de mundo se están yendo otra vez al traste, pues las inequidades del sistema global están condenando a las ciudades pobres al fracaso. ■

1 Escritor y periodista. Estudió Comunicación y Ciencias Sociales.

2 Pese a que podría parecer la antítesis de lo que entendemos hoy como corriente racionalista o funcionalista, el movimiento que abrió el paso a la arquitectura modernista fue el *Art Nouveau*, cuyas obras sinuosas, floreadas e inspiradas en la naturaleza, fueron las primeras en acoger el hierro, el concreto armado y las nociones funcionalistas en su estilo. Su mayor representante fue el catalán Antonio Gaudí (1852-1926), uno de los pioneros en asimilar las nuevas técnicas constructivas en sus sorprendentes edificaciones.

3 Ideas análogas fueron urdidas durante el periodo nazi en torno al *Entartete Kunst* o arte degenerado y la satanización que pesaba sobre el arte moderno. Los nazis proponían un arte heroico, marcial, continuador del canon clásico de belleza, y

liberado de toda deformación y corrupción que, según ellos, eran síntomas de vanguardias degeneradas —dadaísmo, cubismo, expresionismo, fauvismo, impresionismo, surrealismo—. Entre los artistas seleccionados para la exposición de Arte degenerado en Alemania estuvieron Max Beckmann, Otto Dix, George Grosz, Marc Chagal, Max Ernst, Wassily Kandinsky, Ernst Ludwig Kirchner, Paul Klee, Emil Nolde, Edvard Munch, etcétera.

- 4 Otro proyecto interesante del Grupo Archigram fue su *Computer City*, ciudad concebida como una utopía de interconexión electrónica reticular.
- 5 Brasilia fue inaugurada, con la instalación de todos los órganos de gobierno, el 21 de abril de 1960, durante el periodo de Kubitschek (1956-1961), mandatario cuya orientación comunista lo llevó a proyectar un modelo de «ciudad utópica» para la futura capital, lugar donde las clases sociales deberían quedar eliminadas. El sueño quedó trunco tras el golpe militar de 1964, que derrocó al inestable gobierno de esos años y que pese a que conservó a Brasilia como capital del país, pretendió desbaratar todo lo que había sido legado por los comunistas. La nueva ciudad, proyectada para albergar a unos 500 mil habitantes, creció desordenadamente hasta contar con unos 2 millones entre el «plano piloto» central formado por conjuntos habitacionales y de comercio llamados «supercuadras» y las ciudades satélites que rodean y dependen de este centro político. Ello hizo que este proyecto, planificado como utopía de ciudad perfecta, se fuera al traste de la hiperpoblación, al igual que cualquier ciudad convencional del tercer mundo.
- 6 Hoy existe la posibilidad de acceder a fuentes de educación, trabajo y comercio de manera virtual, sin salir de casa y sin la necesidad de establecerse en un espacio urbano fijo; solo se requiere estar conectado al computador. Ello está reconfigurando los factores que integran el proceso productivo y que intervienen en la socialización de los individuos, en un contexto en el que la videoimagen mediática e Internet están adquiriendo un real protagonismo.